

# La Enseñanza del Catecismo

Por BEATO ANACLETO GONZALEZ FLORES

En La Palabra N° 23

Cuando Napoleón Bonaparte, ese gran conquistador que vio un día rendidos a sus pies a casi todos los pueblos de Europa, fue enviado a la isla de Sta. Elena en calidad de prisionero de los ingleses; llegó a sentir él, el coloso, su pequeñez y su miseria y empezó a entrever las claridades radiantes de la verdad católica. Y por eso en cierta ocasión un sacerdote que auxiliaba a cierta joven enferma de muerte, quedó asombrado de la religiosidad de la moribunda y de la perfección con que conocía las lecciones sencillas y sublimes del Catecismo. El sacerdote no pudo resistir el deseo de preguntarle donde y quien la había educado; la respuesta fue una pequeña historia más brillante, más luminosa y más digna de admiración que todas las victorias de Austerlitz Marengo Friedland, etc., alcanzadas por el gran Emperador.

Yo, dijo la joven conocí hace poco al Emperador Napoleón, que un día me hizo esta pregunta: ¿sabes el catecismo? –No, respondí yo, ni mis padres, que son impíos, ni mis maestros han querido enseñármelo. Pues, bien, dijo el Emperador, ven tisis los días y yo te lo enseñaré. Yo asistí a sus lecciones y él fue quien me abrió el camino de la fe y de la caridad. El sacerdote, enternecido, no pudo contener una lágrima que se le escapó de sus ojos y quedó un momento mudo de asombro. Este episodio glorioso de la vida de Bonaparte debe ser conocido e imitado en estos tiempos en que la enseñanza de la Religión, ha sido suprimida en los establecimientos destinados a la formación de la niñez y de la juventud, porque desgraciadamente a pesar de que todos los católicos saben muy bien que sus hijos o no reciben lecciones religiosas o que las que reciben son muy deficientes; sin embargo no se mueven a hacer algo práctico, algo eficaz, algo decisivo para evitar que su familia viva sumergida en la ignorancia en asuntos tan importantes como son los que se refieren a Dios.

Por el contrario, los padres de familia muy lejos de hacer todos los esfuerzos que están de su parte, se creen libres de la obligación de instruir a sus hijos en materia religiosa mandándolos a los centros de Catecismo cada ocho días, y con esto piensan que ya no tienen qué hacer.

Pues es preciso que sepan que están muy equivocados: porque dadas las circunstancias actuales la enseñanza del catecismo debe darse principalmente en el hogar y si es posible todos los días, porque su tan mal aprenden los niños las lecciones que diariamente se les dan en la escuela, ¿qué sabrán de Religión con una clase cada semana? Además, apenas el ochenta por ciento de los niños asiste a los centros de catecismo más bien movidos por el entusiasmo de adquirir algún juguete que del deseo de aprender y así es como la generación que ahora se está formando se haya envuelta en las sombras de la ignorancia religiosa y esto como otras muchas cosas por la apatía, por la pereza, por la inacción de loa católicos y sobre todos de los padres de familia.

Alegarán que tienen sus ocupaciones y que por eso es la escuela; pero su responsabilidad es innegable por que es de todos sabido que la escuela no enseña ahora religión, que los centros de catecismo son muy poco eficaces y que por lo mismo; o se enseña y con mucha frecuencia el Catecismo en el hogar, o la ignorancia religiosa caerá

sobre nuestra sociedad que luego será arrastrada irremediabilmente al abismo tenebroso de la impiedad.

Nada importa tanto como los católicos se convenzan de que su mayor error y la causa principal de sus derrotas, consisten en estar esperándolo todo de Dios; cuando nosotros podemos hacer mucho y no lo hemos hecho por perezosos y por que no hemos tenido valor para lanzarnos a la acción católico-social. No hemos sabido más que lamentarnos, llorar, quejarnos, sin tener en cuenta que con nuestra apatía, con nuestra pereza, no hacemos más que provocar con más fuerza el castigo de Dios.

Puede asegurarse que en nuestra Patria el noventa por ciento de los católicos no hacen ni la millonésima parte de lo que el error avanza y que la verdad se escape de las almas.

Bueno, necesario indispensable es que de una vez por todas se arrepientan de su pereza y que empiecen a trabajar incansablemente porque Cristo reine en los corazones. De pronto lo que urge es que cada padre de familia enseñe el Catecismo a sus hijos y que no espere que vengan a enseñarlo los ángeles. En el gran conquistador de Europa hemos visto el ejemplo: hay que imitarlo.